

La Magdalena histórica

Juan Arias

FONT: ARIAS, J. (2005) *La Magdalena, el último tabú del cristianismo*. Buenos Aires: Aguilar.

La Magdalena histórica

María Magdalena, o María de Magdala, fue un personaje histórico real. Es la mujer que más veces se cita en los evangelios canónicos (diecisiete veces). Más incluso que la madre de Jesús. De María Magdalena existen, además, abundantes datos biográficos en los evangelios apócrifos y en los gnósticos; incluso se cuenta con un evangelio entero atribuido a ella. Es, pues, un personaje real y no un mito, aunque de ella se conoce relativamente poco. Sin embargo, se perfila cada vez más claramente, sobre todo en los círculos más abiertos del cristianismo, la importancia de su autoridad como la discípula predilecta de Jesús, objeto de las preferencias y de las intimidades del profeta de Nazaret, lo cual no dejó de despertar incluso los celos de algunos apóstoles.

Poco se sabe del origen verdadero de María Magdalena. Los evangelios dicen que era originaria de Magdala, una ciudad portuaria y colonia de pescadores situada a orillas del lago Tiberíades, en la costa occidental. En los evangelios se revela como una seguidora fiel del profeta o del loco de Nazaret y aparece junto a él en el último trance de la crucifixión: no lo abandonó ni cuando todos los apóstoles se escondieron, atemorizados, ante la persecución. Estuvo presente en el sacrificio final y fue el testigo más precioso del milagro de la resurrección. Pero nada se dice de su filiación religiosa, si era pagana o judía, ni se comenta la formación intelectual de la Magdalena.

Quizá la dificultad de investigar las huellas de la mujer más citada en los evangelios sea la razón de tantas pinturas y esculturas, tantas novelas y tantas películas dedicadas a su figura. En todo caso, la inmensa mayoría de estas obras es fruto de la fantasía y de la creación literaria más que de una búsqueda de sus raíces históricas. Como escribe Susan Haskins en su obra *María Magdalena, mito y metáfora* (Herder, 1996), «la imagen que predomina de María Magdalena es la de una hermosa mujer, de larga cabellera dorada, que llora por sus pecados

y encarna la arcaica relación entre la belleza, la sexualidad y el pecado femeninos». Y así aparece en los miles de pinturas que de ella existen en el mundo.

Para intentar penetrar en el personaje histórico, una vez liberada de los viejos y falsos clichés de mujer de mala vida convertida a la virtud, es necesario conocer en primer lugar cómo aparece María Magdalena en los evangelios canónicos, aquellos que la Iglesia considera «inspirados»: Mateo, Lucas, Marcos y Juan. Más adelante se examinará su figura en los evangelios apócrifos, a los que la Iglesia concede menor respetabilidad histórica, aunque en los primeros siglos se citaban indistintamente, a la par de los que más tarde fueron escogidos oficialmente.

Por lo pronto, su presencia al lado de Jesús aparece en los cuatro evangelios canónicos, lo que indica la importancia que tuvo en el primer siglo del cristianismo, cuando se redactan los evangelios, un momento histórico y cultural en el que la mujer no gozaba en la sociedad del más mínimo aprecio y prestigio. Éste es un tabú que Jesús quiebra enseguida al asociar a su aventura misionaria a toda una serie de mujeres que lo acompañan junto con los apóstoles varones, los cuales, en más de una ocasión, como judíos que eran, llegaron a manifestar su perplejidad al ver al Maestro tratar en público a las mujeres, con absoluta naturalidad, incluso a las no judías y, por tanto, impuras para ellos.

Una de aquellas mujeres, por ejemplo, fue la samaritana. Aquella mujer de Samaria, en efecto, no podía presumir de buenas costumbres, y Jesús le recuerda que había tenido cinco maridos y que el actual, con el que convivía, no era el suyo. Otra quiebra de las normas hebreas se produjo cuando Jesús conversó con la mujer hemorroísa, víctima de un flujo de sangre y, por tanto, impura según las leyes judías. La mujer conocía estas normas, como las conocían todos, y tocó el borde del manto de Jesús con la esperanza de que éste no se percatara y con la fe puesta en su sanación. Jesús supo que alguien le había tocado «porque una fuerza ha salido de mí». Avergonzada, la mujer impura admite que ha sido ella, pero Jesús no le niega la palabra y la sana.

Estos dos ejemplos demuestran que el Nazareno estaba quebrando las normas impuestas por la ortodoxia judía en lo tocante a la mujer. La ruptura, sin embargo, iba a ser aún más decisiva.

Magdalena elegida

Algunas mujeres aparecen y desaparecen de la vida de Jesús. María Magdalena está presente en los evangelios desde el primer momento en que Jesús comienza su predicación en Galilea, lo cual, según Jacir de Freitas, en *El otro Pedro y la otra Magdalena según los apócrifos*, «justifica su título de apóstol junto con Pedro, Juan y los otros apóstoles por él escogidos»; y añade: «María Magdalena aparece con liderazgo apostólico en los evangelios canónicos de forma discreta, aunque, en realidad, lo poseía».

El hecho de que los evangelistas no hayan podido silenciar la presencia de esta mujer al lado del Maestro desde los albores de su predicación, cuando empieza a escoger el grupo que compartiría su aventura y que lo llevaría a la muerte acusado de revolucionario religioso-político, demuestra con gran evidencia, como subrayan los expertos biblistas, la importancia que debió de tener María Magdalena dentro del grupo de los apóstoles.

Hoy se sabe que el hecho de que se afirmara constantemente que los apóstoles fueron doce sólo afecta a su significado simbólico. Los evangelistas utilizaron ese número para hacerlo coincidir con las doce tribus de Israel, pero, en realidad, fueron más de doce y María Magdalena fue una de ellos, aunque no quedara contabilizada en dicho número. Aun así, los evangelios canónicos intentan disminuir de alguna forma la importancia de la Magdalena: la apartan del número de los apóstoles y la colocan junto a «otras mujeres» que sostenían económicamente con sus bienes al grupo de los apóstoles que habían dejado sus trabajos para seguir al profeta.

Este último dato es importante: se puede deducir que María Magdalena probablemente pertenecía a una familia acomodada, poseedora de algunos bienes que decidió emplear en la financiación de la secta. Aunque no se sabe nada de su pasado, lo cierto es que empleó su hacienda en el sostenimiento del grupo. ¿Había estado casada antes y dejó a su marido para seguir a Jesús? ¿Era viuda? ¿O era tan joven cuando conoció al profeta que aún no se había casado? Esta última hipótesis parece la menos probable si se tiene en cuenta la importancia que se le da a María Magdalena en los evangelios y las fuertes relaciones intelectuales que se le atribuyen a ella y a Jesús en los evangelios gnósticos —cada vez más revalorizados dentro de la parte más progresista de la Iglesia—. La Magdalena, cuando conoció a Jesús, a quien ya no abandonaría nunca, debía de ser una mujer madura.

Respecto a otras mujeres —de las que dicen los evangelios que también contribuían con sus bienes a sustentar las necesidades vitales del grupo de los apóstoles—, los evangelistas no tienen ningún inconveniente en referirse a sus familias. Es el caso de Juana, por ejemplo, que era esposa de uno llamado Khuza, administrador de Herodes. Curiosamente, de la Magdalena nunca se dice nada ni se recuerda su genealogía o su estado.

El pasaje de los evangelios en el que se explican todos estos detalles ha contribuido a formular una revisión del papel de la mujer en la sociedad judía en tiempos de Jesús. Se sabe, por ejemplo, que en la ortodoxia hebrea más estricta la mujer tenía muy poco espacio y el nivel de independencia era prácticamente nulo. ¿Cómo se explica entonces que tanto María Magdalena como las otras mujeres citadas en los evangelios pudieran disponer de sus bienes propios, vivir fuera de casa, dejar a sus maridos y acompañar al profeta? (...)

El profeta de Nazaret, que nunca tuvo en cuenta las duras reglas que limitaban la libertad de acción de las mujeres y que nunca las consideró impuras y se dejó tocar por ellas, se debió de sentir más a gusto con aquellas mujeres que, como Magdalena, procedían de una sociedad y de una cultura menos cerrada que la judía ortodoxa de su tiempo.

La cumbre del cristianismo y una mujer

Aunque los evangelistas no pudieron oscurecer del todo la importancia que María Magdalena tuvo en el grupo de los apóstoles —precisamente, por ser mujer—, los especialistas advierten una larvada intención, si no de desprestigiarla, por lo menos de rebajar la importancia que realmente tuvo en la tradición oral.

Cualesquiera que fueran los motivos y las intenciones de esa ocultación, los evangelistas no pudieron sin embargo omitir el hecho más trascendente de la biografía de la Magdalena, el episodio que la coloca incluso por encima de los mismos apóstoles, al presentarla como la primera persona a la que Jesús se aparece después de resucitado. Se trata del momento cumbre del cristianismo: la resurrección. Y para confirmar ese hecho decisivo, Jesús eligió a María Magdalena. Ella es también la encargada de anunciar a los miedosos apóstoles, que se habían escondido al ver que habían crucificado a su jefe, que Jesús estaba vivo: «Jesús resucitó en la madrugada, el primer día de la semana y se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios. Ella fue a comunicar la noticia a los que habían vivido con

él, que estaban tristes y llorosos. Ellos, al oír que vivía y que había sido visto por ella, no creyeron» (Mc 16, 9-12).

No sólo Marcos describe este episodio. También Lucas y Mateo y, sobre todo, Juan admiten que María Magdalena fue la encargada de dar a los apóstoles la noticia de la resurrección de Jesús. Lucas y Mateo precisan que había otras mujeres con Magdalena, mientras que Juan sólo la nombra a ella. Por tanto, los apóstoles supieron de la resurrección de Jesús por una mujer. Pero ocurría que en aquella sociedad la mujer no era creíble en un juicio y por eso no podía testimoniar. De hecho, en un primer momento, no la creen. Desde el punto de vista de la ortodoxia social judía, era verdaderamente inconcebible que Jesús escogiera a una mujer para que diera «testimonio» de su resurrección.

La transmisión escrita de los cuatro evangelios canónicos también aporta valiosísima información respecto a aquellas mujeres que empleaban su patrimonio en el sustento del grupo de Jesús. Cuando se habla de las mujeres que acompañaban a Jesús, se las llama en griego *diakonein*, que significa servidoras o administradoras. Esa palabra sirvió más adelante para designar el grado inferior en la jerarquía eclesiástica al sacerdocio: los diáconos. Sin embargo, ese término no se emplea para designar a la discípula predilecta de Jesús; cuando se alude a María Magdalena, se usa el término griego *koinonós*, es decir, «compañera». Por otra parte, cuando se trata de nombrar a las mujeres, se la nombra a ella siempre en primer lugar y siempre con su segundo nombre o el gentilicio. Por eso acabó llamándose simplemente la Magdalena, un recurso que no se emplea con las otras mujeres.

Sin embargo, el hecho de haber sido escogida por Jesús para el gran anuncio de la resurrección, bastaría para que resultara imposible despojar a esta mujer del merecido título de «apóstol preferido» del Maestro. San Pablo diría más tarde: «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra esperanza». Pues bien, aquella esperanza llegó de la mano de una mujer, que fue quien comunicó la sorprendente noticia a los apóstoles incrédulos.

Más tarde, todas estas evidencias de los evangelios canónicos se van diluyendo a medida que crece y se desarrolla la Iglesia oficial, hasta el punto de llegar a afirmar que Jesús, tras su resurrección, se apareció en primer lugar a Pedro. Es el momento en el que se empieza a establecer que el obispo de Roma, sucesor de Pedro, estaba por encima de los demás obispos. Para ello fue necesario reivindicar el primado de Pedro. Se necesitaba, pues, que Jesús se hubiese aparecido a él antes que a nadie, algo que contradecía a los mismos evangelios

canónicos y a la tradición más antigua de la Iglesia tanto oriental como occidental que, desde el primer momento, habían aceptado que fue María Magdalena la escogida por el Maestro para convencer a los apóstoles de que había resucitado de entre los muertos.

Susan Haskins recuerda algunos motivos de esa ocultación de la verdad: «Se ha debatido que la afirmación de que Cristo se le apareciera primero a Pedro, contrariando a la tradición de María Magdalena, respondía a un fin esencialmente político: legitimaba las reivindicaciones de aquellos hombres que deseaban autoridad en el seno de la Iglesia, excluyendo así a las mujeres y retornando al patriarcado existente durante la época de Jesús, el cual se ha mantenido aproximadamente dos mil años».

Todo lo contrario ocurre en los evangelios gnósticos. En ellos, la protagonista de la primera comunidad cristiana es María Magdalena, escogida por Jesús como su confidente y testigo primero de la resurrección. Haskins lo explica así: «Si fuera cierto que los relatos gnósticos sobre María Magdalena son la prueba de una tradición histórica de la vida de Cristo que ha sobrevivido y que no ha sido admitida por los relatos ortodoxos de su ministerio, entonces la última tradición pudo haber resultado de una decisión política (cuya forma precisa quizá nunca llegue a conocerse) de reducir el papel de las mujeres, junto con el de María Magdalena, como representante suya».

Según esta escritora, a pesar de que la Iglesia de Roma en el siglo XX se ha visto obligada a admitir la importancia de María Magdalena como seguidora privilegiada de Cristo, «todavía en su firme adherencia al simbolismo y la supremacía masculina, rehúsa aceptar su envergadura».

¿Hasta cuándo la Iglesia católica podrá continuar ignorando una verdad histórica que está totalmente fundamentada en los textos evangélicos que ella misma considera inspirados por Dios? Es difícil preverlo, porque el peso de una tradición de siglos es muy importante y resistente al cambio. Durante los últimos dos milenios, la Iglesia de Jesús se ha sentido fundamentalmente masculina, llegando incluso a defender como materia de fe de la tradición que la mujer no puede ser sacerdote ni obispo, porque Jesús no había escogido a ninguna mujer para ejercer el apostolado. ¿Cómo se puede hoy defender tal afirmación, después de conocer el liderazgo de María Magdalena en la Iglesia primitiva? ¿Cómo se puede mantener esa hipótesis restrictiva cuando se ha leído claramente que la Magdalena y muchas otras mujeres fueron las verdaderas artífices de las primeras comunidades cristianas?